

Los Chonos en Chiloé: Itinerario y aculturación

Dr. Rodolfo Urbina Burgos

1. Las primeras relaciones entre españoles y chonos: 1567-1610

Desde 1567 hasta fines del siglo XVI los vecinos de Castro ocuparon parte de su tiempo en reconocer el territorio, calcular la población india y delimitar las fronteras. Entonces se estaba organizando lo conquistado, valorando sus recursos, estudiando los límites de los espacios habitables y las barreras geográficas que ponían freno a la expansión. El Golfo de Corcovado y la Boca del Huafo eran una de estas barreras naturales que marcaban también la frontera que separaba a los indios sedentarios y laboralmente aptos de los nómades y bárbaros chonos. El espacio de asentamiento se hizo coincidir con el hábitat de los "veliches", extendiéndose desde el Canal de Chacao hasta el referido Golfo de Corcovado, cuya sede se estableció en la ciudad de Castro, en medio del área poblada de indios y centro geográfico del archipiélago. Se reconocieron también algunas barreras naturales interiores, como era toda la "costa de los payos" y en particular la "raya de Chaiguao", obstáculos difíciles de sortear para acceder al extremo sureste de la Isla Grande. Todos los indios veliches y payos -unos 50.000 de todas las edades y sexos-, fueron dados en encomienda a los conquistadores y primeros pobladores, como era el ya tradicional sistema de premios y recompensas que caracterizaba el asentamiento español en el Nuevo Mundo.

En cuanto a la población chona, situada en la frontera meridional, y que era conocida desde el viaje de Cortés Ojea, en 1557, parece que también fue encomendada. Por Contreras¹ sabemos que los indios "guaitecos" fueron concedidos a Luis Vásquez, luego a Tomás Obres en 1582, después a Joanes de Marquina y finalmente a Alonso de Saavedra en 1586, a quien sucedió su hijo, etc., pero todo hace suponer que tales encomendados lo fueron sólo de nombre por las dificultades de acceso a aquellas islas. La historiografía (Contreras, 1971, p. 15) se refiere a las **malocas** de que fueron objeto a fines del siglo XVI con el propósito de trasladarlos a Chiloé y Chile, aunque sobre este punto falta mucho por averiguar. Sabemos que las "**corredurías**" españolas sobre las fronteras de Castro fueron la nota común antes de la cédula de 1608 sin que haya habido nunca una justificación clara para tales prácticas. Los españoles acostumbraban a golpear sobre los bordes de las provincias conquistadas con el propósito de ablandar o atemorizar a las "naciones" confinantes y luego reducir las. Era corriente ver, pues, españoles de fines del siglo XVI y comienzos del siguiente, organizarse en grupos de 5 ó 10 hombres armados y cierto número de indios auxiliares con el objeto de coger gentiles en todas las comarcas sureñas y en especial en Chiloé, en un estilo parecido al de las "**bandas**" que tanta importancia tuvieron en las Antillas en los primeros años del siglo XVI. Sospechamos que las **entradas** a las islas Guaitecas -de haberlas habido- habrían sido organizadas por encomenderos de chonos que, no pudiendo disponer de esa mano de obra, procuraban trasladarlos a Chiloé.

Carecemos de testimonios sobre si hubo chonos encomendados después de 1.600, en un momento en que aumentaban las "**campeadas**" sobre las márgenes de la provincia. Parece que desde esa fecha en adelante y, en especial desde 1608, las malocas acentuaron su carácter esclavista y los gentiles fronterizos fueron considerados "alzados", "rebelados" y "enemigos de la fe", susceptibles, por lo tanto, de ser reducidos a esclavitud, como se había decretado para los araucanos. Por entonces, comenzaba a escasear la mano de obra en Chile Central.

De las entradas hacia las Guaitecas no tenemos documentación de primera mano, aunque hay que admitir que había chonos en Chiloé, probablemente desde fines del siglo XVI. Pero, es posible suponer que ellos o parte de ellos hayan sido "payos" de cultura chona del sureste de la Isla Grande que, a comienzos del siglo XVII eran reconocidos por su barbarie. Nuestra suposición se funda en que no era fácil maloquear a los cho-

nos en sus propias islas. Cuando los jesuitas de Castro pasaron por primera vez a las Guaitecas, en 1612, afirmaban que "hasta hoy no sólo no ha entrado sacerdote, pero ni aun español"². Un informe del siglo XVII que hace historia de los primeros contactos con los chonos, se refiere a ellos como la "gente más apartada del comercio de los españoles", situados a "60 leguas al Estrecho de Magallanes".

Añade que viven separados de los españoles "por haber entre medias un golfo tan grande y ser aquel mar tan bravo que nunca se alargaban allá los de Chiloé ni los comunicaban, ni su comunicación era de importancia por ser gente bárbara"³.

Como se ve, el tema de las "**entradas**" a las Guaitecas antes de 1612 no es tan claro como para hacer afirmaciones tajantes. Después de esa fecha se despeja algo más el asunto, aunque no del todo. Por un informe sobre el padre Juan del Pozo sabemos que después de 1612 los indios chonos y los de Quilán, que habitaban más al sur, acostumbraron a navegar a Chiloé con el fin de "**conchavar**" o para vivir entre cristianos, pero "la insaciable codicia de los españoles por tener gente que les sirva, los repartieron de unos vecinos en otros y los obligaron al trabajo de sus sementeras y tablazón". ¿Eran éstos los chonos remitidos después a Chile? ¿O eran de los vendidos a los españoles por su propio cacique Diego Delco que sucedió a Francisco Delco, su padre?

Apenas disponemos de unos cuantos documentos sobre embarques que tienen que ver con estos desarraigados forzosos. Las alusiones se refieren a "grandes partidas" de "piezas gentiles", tráfico que resultaba lucrativo para los vecinos de Castro, porque los traslados incluían también indios de encomienda -¿veliches y payos?- bajo el argumento de no haber en Chiloé curas ni frailes suficientes para su conversión⁴. Se tienen cifras de algunos embarques, pero de todas maneras es imposible saber cuántos chonos pudieron haber sido desnaturalizados a principios del siglo XVII, porque siendo un comercio ilícito -aunque tolerado por algunos gobernadores del reino-, no quedó registros. Ocasionalmente alusiones, como una de 1621, denuncia que el cacique chono Diego Delco "ha tomado tanta mano que anda vendiendo públicamente... los chonos, sus sujetos y entra a maloquear a los de otras encomiendas para el mismo objeto, con notable agravio y manifiesta injusticia de dichos indios... y todos los navios que salen de la provincia y los más de ellos van cargados de chonos, allá los vende como esclavos"⁵. Por otros casos, el naufragio de barcos esclavistas permite saber el número de naturales que pereció. En Chi-

¹ Contreras, Juan y otros: "**Población y economía de Chiloé durante la Colonia: 1567-1826**". Instituto Central de Historia. Universidad de Concepción. 1971, p. 37 (nota 31).

² Melchor Venegas, 1614. "**Cartas anuas de las provincias del Paraguay, Chile y Tucumán de la Cia. de Jesús: 1609-1614**". LXX. Talleres S.A. Casa Jacobo Peuser Ltda. Buenos Aires, 1927, p. 214.

³ Vida del celosísimo apostólico padre Juan del Pozo, fundador de la misión de Chiloé. s/f. MM.t. 307.

⁴ Hasta 1608 no había en Chiloé más que un cura secular y dos o tres frailes franciscanos y mercedarios, todos con residencia en Castro, número efectivamente insuficiente para la conversión de los naturales. Pero la escasez de curas era sólo un pretexto para los fines económicos de los encomenderos. Véase Juan Contreras: ob.cit. Los traslados eran corrientes en todo el reino como lo ha estudiado Alvaro Jara: "**Guerra y sociedad en Chile**". Ed. Universitaria. Santiago, 1971.

⁵ Contreras, Juan: ob.cit. p. 39 (nota 49).



Vida de familia

le se les denomina genéricamente "indios de Chiloé" o simplemente "veliches" a todos los trasladados, sin que podamos individualizar a los chonos.

Ignoramos también, cuantos de estos naturales de las Guaitecas se quedaron forzosa o voluntariamente en Chiloé. Datos sueltos nos permiten conocer que los que había estaban, unos en la condición de esclavos y otros incorporados a las encomiendas en diversos parajes del archipiélago; que sufrían inadaptación y que eran casi del todo inútiles para los trabajos de la agricultura y la tala. Muchos morían a causa de los cambios en la dieta, acerca de lo cual hay algunas referencias a principios del siglo XVII. El jesuita Jerónimo Piétras observa lo mismo a comienzos del XVIII cuando

afirma que "viven pocos años los que comen nuestras comidas"⁶. Si esto sucedía en Chiloé, es de suponer la suerte corrida por los chonos trasladados a Chile Central.

2. Período de pre-evangelización: 1610-1630

Los primeros intentos de evangelización de los chonos se iniciaron con los jesuitas pocos años después de que éstos tomaron residencia en Chiloé. Sabemos que los operarios de la Compañía de Jesús, de la sede de Castro, acordaron iniciar por el año 1610 "una nueva empresa" hacia los gentiles chonos. La decisión obedeció

⁶ Zapater, Horacio: "Los aborígenes chilenos a través de cronistas y viajeros". Ed. Andrés Bello. Santiago, 1973. p. 91.

ció al gran estímulo que recibieron de los adelantos conseguidos con los indios chilotos y por el llamado que les hizo el cacique principal de los chonos, que vivía en la más grande de las islas Guaitecas. Los jesuitas, refiriéndose al cacique Francisco Delco, dicen: "a este tiene ya ganados los padres y gusta que su hijo se bautice". Agregan que "viene todos los años... a la Isla Grande de Chiloé donde ha hablado algunas veces a los padres", ofreciéndose para conducirlos a sus islas "porque gusta mucho que en sus tierras se predique el evangelio"⁷. La forma como se preparó la empresa misional a las Guaitecas tuvo todos los visos de estarse inaugurando una "entrada" inédita. La navegación se hizo en piraguas, corriendo riesgos extremos -dicen los frailes- para evitar los "travesías" y los grandes golfos. Los primeros padres que navegaron a las Guaitecas en 1612 siguieron la ruta de la cordillera durante 24 leguas bordeando la tierra firme, caminando por ella y bogando hasta llegar a los chonos⁸.

Después de las ligeras notas tomadas por los navegantes del siglo XVI, fueron los misioneros los que hicieron las primeras observaciones sobre estos indios y, aunque sus juicios no siempre son acertados, constituyen los únicos testimonios directos de que disponemos de los primeros contactos, y que están contenidos en las "cartas anuas" que sirvieron de base al ya distante y pionero trabajo de Cooper⁹. La población chona no podía ser numerosa por la esterilidad de las islas Guaitecas y Chonos. Los primeros informes dan cuenta de ello. Los frailes lograron juntar 120 personas en toda al área -al parecer sólo de las Guaitecas- y el padre Mateo Esteban acota que "no hay más habitantes que estos en aquellas innumerables islas, si se exceptúan, tal vez, unos pocos que, como se dice, se han escondido, aunque yo les había llamado, los cuales serán 50 entre grandes y chicos"¹⁰. Referencias posteriores confirman la escasa población chona y aunque no podemos entregar datos exactos, parece improbable que superaran las 200 familias en todo el espacio insular que media entre las Guaitecas y la península de Taitao.

Por los informes jesuitas abundan las referencias acerca de las características somáticas y culturales de este pueblo. Los datos son de sobra conocidos por los estudiosos, de modo que sólo nos limitaremos a lo más preciso. Curiosamente, el padre Ferrufino los describe como gente de "cabello rubio y el color del rostro trigüeño", contraste muy notorio con sus vecinos huillits del área de la Península de Taitao y Golfo de Penas que, según el mismo padre, "tienen las carnes negras" y "el cabello gordo como cerdas". La pigmentación la

supone a causa de "las continuas injurias del sol y aguaceros y de las malas comidas, porque no comen más que marisco crudo"¹¹. Los chonos de las Guaitecas solían andar vestidos con ropa de lana "que se parece mucho a nuestras esclavinas y son ásperas". Otras veces, el atuendo se reducía a un corto tapado o especie de manta que usaban los jóvenes y adultos, tan pequeño, que "caientada una parte del cuerpo, tapan la otra para el mismo efecto"¹². La lana la trasquilaban a unos "perros grandes lanudos", pero esto lo hacían sólo los de las islas Guaitecas o usaban plumas de "quentu" como señala el padre Segismundo Guell en 1769, plumas que aprovechaban también para hacer sus "colmanes" o especie de colchón¹³. Sin embargo, normalmente andaban desnudos y apenas tapaban sus vergüenzas con cortezas, como los describe Cortés Ojea en 1557.

Sus ranchos eran portátiles, hechos de ramas y pieles de lobo marino, morada común en todos los indios canoeros del sur. La superficie de estos ranchos era tan reducida "que adentro hay que ponerse de rodillas para no tocar arriba y su longitud apenas es la de un cuerpo tendido"¹⁴. Pero, la mayor parte del tiempo vivían en sus piraguas de tres tablas que eran, en realidad, chozas flotantes. Su alimento lo sacaban exclusivamente del mar. Para la pesca usaban anzuelos de madera -Cooper lo pone en duda- y de hueso. Sus redes la hacían de corteza de árbol, que servía también para hacer recipientes y aun mantas. Eran hábiles buceadores, especialmente las mujeres, que pasaban buena parte del día en las heladas aguas, como peces, "no haciendo caso ni del frío ni del calor, ni se encuentran bien o mal de salud, si están encinta o si recién dieron a luz". El hombre cumplía otras funciones. Mientras la mujer buceaba, el varón "está sentado en su casa atizando el fuego o está buscando leña"¹⁵. En general, se les describe como muy pobres y bárbaros. Son "tan miserables" -dice un jesuita del siglo XVII- que no tienen sementeras, tan desprovistos que no tienen más sustento que el marisco... que por regalo comen carne de ballena y beben su aceite". El lobo marino que es lo que cazan con más frecuencia "es su ordinario sustento y su mayor regalo"¹⁶.

Para que los padres pudieran reunir más de 100 chonos, que por naturaleza preferían vivir con sus familias, apartados unos de otros, debe haber sido posible sólo por la gran curiosidad que despertó en ellos la presencia de los frailes. En general, los canoeros australes eran descritos como "brancos" y "groseros", pero los chonos se mostraron ante los

⁷ Juan Bautista Ferrufino, 1611. ob.cit. p. 214.

⁸ Vida del celosísimo y apostólico padre Juan del Pozo, fundador de la misión de Chiloé. s/f. MM. T. 307.

⁹ Cooper, John: "The Chono". Handbook of South American Indians. Bull. 143, vol. I. "The Marginal Tribes". Washington, 1946.

¹⁰ Mateo Esteban, 1614. ob.cit. p. 112.

¹¹ Juan Bautista Ferrufino, 1611. ob.cit. 112.

¹² Mateo, Esteban 1614. ob.cit. 381.

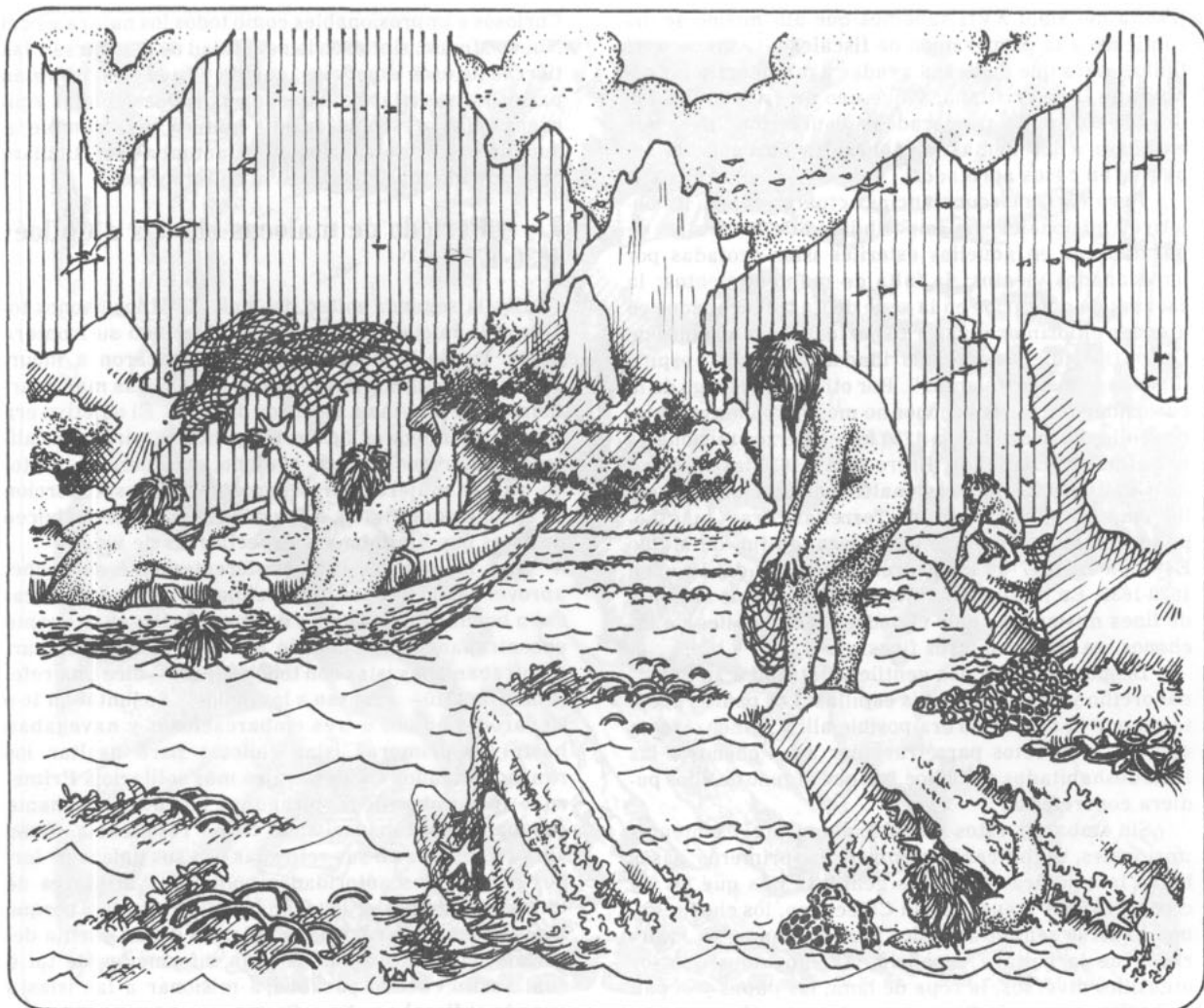
¹³ Guell, Segismundo: "Noticia breve y moderna del archipiélago de Chiloé, de su terreno y costumbres de los indios, escrita por un misionero

de aquellas islas en el año 1769-1770". En Walter Hanisch: "La isla de Chiloé, capitana de las rutas australes". ASCPS, 1983. Apéndice documental, p. 267.

¹⁴ Mateo, Esteban, 1614. ob.cit. 382. Véanse otros aspectos en Marcial Cordovez: "Los indios chonquis de la Patagonia". En "Actas de la Societe Scientifique du Chili", Santiago, 1906. pp. 29-49.

¹⁵ Mateo, Esteban, 1614 ob.cit. 381.

¹⁶ Vida del celosísimo y apostólico padre Juan del Pozo, fundador de la misión de Chiloé. s/f/MM.T. 307.



Actividades femeninas: Buceo, pesca

padres como "humildes y mansos". Aunque los informes no lo dicen, suponemos que los padres se acompañaron de indios chilotos, pues desde temprano fueron sus insustituibles compañeros de correrías, irremplazables pilotos y agentes de evangelización entre los bárbaros. Con todo, la tarea debe haber sido ardua, no sólo para subsistir en aquellas soledades, sino en comunicar la fe a gentiles tan apartados y de lengua distinta y gutural.

El padre Esteban compuso un apresurado Catecismo, como medio de difundir la doctrina cristiana. "Por la Gracia de Nuestro Señor que me quiso consolar -dice el jesuita- intenté hacer un Catecismo en su lengua chona que es muy diferente y muy dificultosa en la pronun-

ciación que ésta general -la de Chiloé-, y la acabé en día y medio, traduciendo las tres oraciones y mandamientos y acto de contricción y, además de esto, todo el Catecismo con preguntas y respuestas, lo que, considerando después diversas veces, he atribuido a particular merced y favor de Nuestro Señor, porque no parecía sino que el indio me penetraba el pensamiento y lo que quería yo preguntar y antes que yo acabase ni me supiese explicar, el me lo decía..."¹⁷. Asimismo los padres hicieron construir cuatro capillas en las cuatro principales y más cómodas islas -una de ellas, al parecer, en el sitio de la actual Melinka- con la esperanza de que se haga costumbre entre los indios congregarse en ellas para aprender el Catecismo¹⁸. Por un informe

¹⁷Mateo, Esteban. 1614. ob.cit. p. 111. Véase también: Mateo Esteban: "Doctrina cristiana ...arte y vocabulario y algunas pláticas de los principales misterios". (Manuscrito en lengua chona). 1612-1613 citado por

Pedro Lozano: "Historia de la Compañía de Jesús en la Provincia del Paraguay". 2 vols. Madrid, 1754-1755.

¹⁸Mateo, Esteban. 1614. Anuas. ob.cit. 382.

jesuita del siglo XVII sabemos que allí mismo se dio comienzo a la preparación de **fiscales** a la manera de Chiloé, para que pudieran ayudar a mantener a los neófitos en la fe cristiana, y que uno de estos indios fue llevado a Castro y preparado en la doctrina "para que enseñase a los demás y supliese la ausencia de los padres en casos apretados".

Pero varias circunstancias actuaron contra los objetivos misionales. La imposibilidad de los frailes de permanecer en aquellas estériles islas azotadas por huracanados vientos; la falta de mantenimientos; la escasez de operarios en la sede de Castro ocupados en atender en primer lugar a todas las islas y pueblos de Chiloé, impidieron la regularidad de la atención espiritual a las "nuevas plantas". Por otra parte, luego de la curiosidad inicial, los *chonos* no mostraron mayor interés en la doctrina. Hacia 1730 los esfuerzos misionales se hallaban debilitados. Entre 1615 y 1630 las visitas a las Guaitecas fueron ocasionales y distanciadas, como los viajes de Fray Pedro de Torrellas, Fray Juan López Ruiz, Fray Domingo de Lázaro, en fin, de Mateo Esteban en 1617 de los padres Venegas y del Pozo en 1629-1630. En la segunda mitad del siglo ya no se habla de fines misionales. Sólo el padre Mascardi llega a los *chonos*, en 1662, con otros fines.

Después de 1730, los gentiles mataron a su gobernadorcillo y destruyeron las capillas. Los padres aceptaron que la misión no era posible allí y comenzaron a elaborar proyectos para trasladar a los *chonos* a las islas deshabitadas de Chiloé, sin que alguno de ellos pudiera concretarse.

Sin embargo, estos arduos, aunque breves intentos misionales, significaron también los primeros pasos hacia la aculturación de los gentiles. Más que los incomprensibles mensajes del Catecismo, los *chonos* deben haberse sentido atraídos por los elementos materiales de la cultura española. Aventuramos que los utensilios diversos, la ropa de lana, las papas y el pan de harina, trozos de hierro, anzuelos, etc., despertaron la curiosidad de los *chonos*, como sucedió con todas las culturas amerindias. Aun antes de alcanzar a comprender lo que veían, el mundo de los misioneros debió dejar alguna huella en ellos y, quizá, con el tiempo, se formaron una especie de imagen fantástica de Chiloé, de donde procedían los extraños hombres blancos de raras costumbres. Por eso, después que los padres dejaron de frecuentar las islas Guaitecas, serán los *chonos* los que se acerquen a Chiloé en busca de aquellos elementos materiales y demás chucherías que los indios chilotes llamaban "**marimaris**". Tampoco hay que olvidar que todo el espacio insular hasta el Golfo de Penas comenzó a ser trajinado por expediciones españolas desde la década del 20, siendo portadoras de préstamos culturales, cuyas ventajas seguramente difundieron con entusiasmo, con el fin de atraérselos, y hasta podemos asegurar que los indios chilotes que acompañaban las expediciones hicieron lo mismo.

Curiosos e impresionables como todos los naturales del Nuevo Mundo, sintieron la necesidad de asomarse a las tierras de esos españoles, que de vez en cuando veían pasar por sus islas navegando en grandes goletas y piraguas. La presencia de una cultura más compleja, aunque haya sido a la distancia, actuaba desarticulando el mundo más simple de la cultura *chona*.

3. Período de malocas *chonas* a Chiloé: 1630-1700.

En la segunda mitad del siglo XVII los *chonos* tomaron la iniciativa en sus relaciones con su frontera norte. Desde la década del 30 comenzaron a incursionar sobre Chiloé irrumpiendo en las islas más apartadas de la provincia en busca de botín. El objetivo era robar instrumentos de hierro, ponchos, piraguas, alimentos diversos, ganado ovejuno, etc., pero, sobre todo, raptar mujeres para compensar la desproporción de sexos en que vivían, a causa de la práctica del buceo de éstas que limitaba sus expectativas de vida.

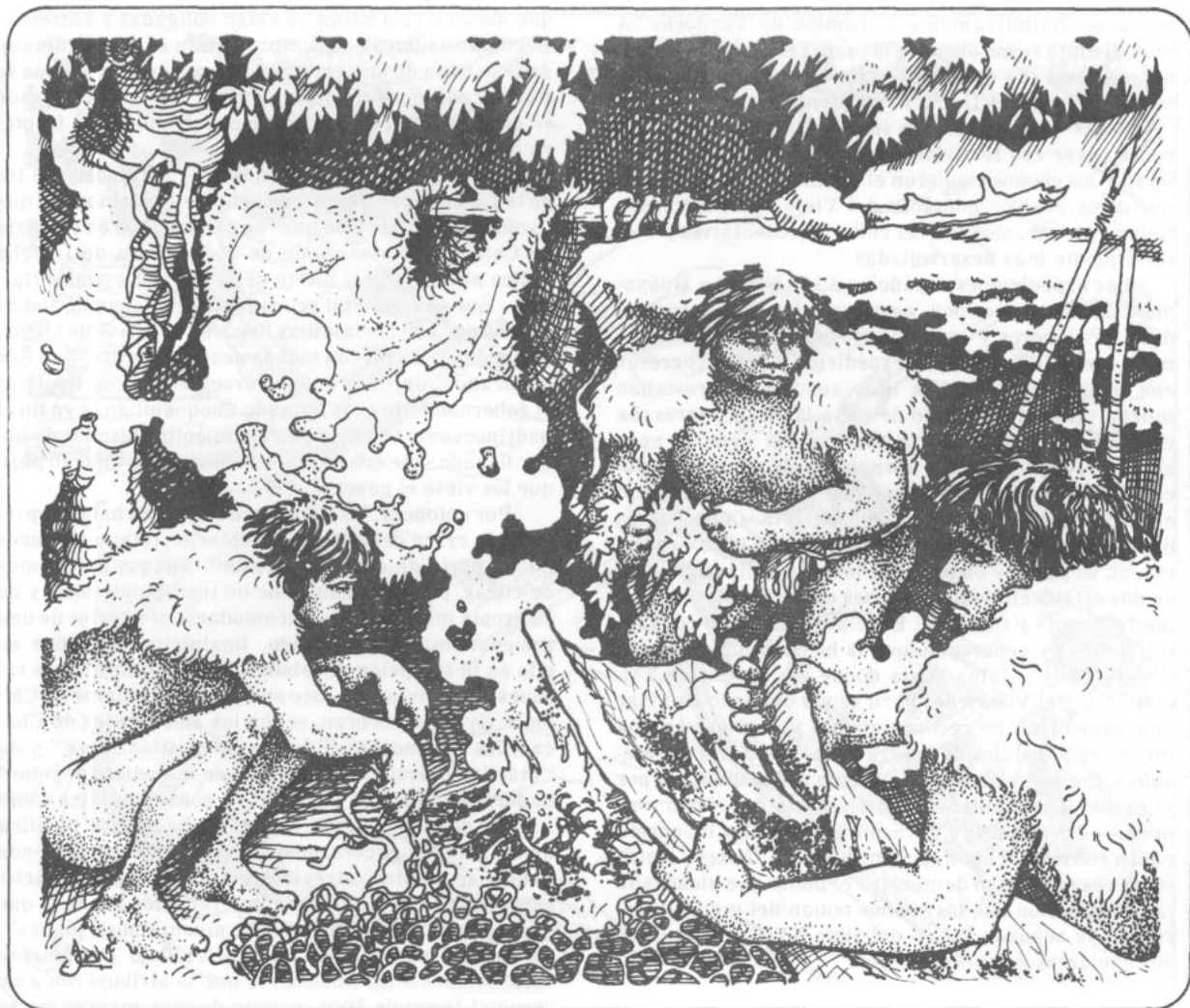
Las incursiones eran preferentemente de noche, aprovechando que los indios chilotes vivían en sus casas a buena distancia unos de otros. Se llevaban cuanto encontraban y destruían lo que no podían acarrear. "Entraban a las islas con todo silencio —dice una referencia de 1710— y matan a los indios". Se juntaban 10 ó 20 varones en dos o tres embarcaciones y navegaban hasta las primeras islas chilotas para asaltar los ranchos situados en los parajes más solitarios. Primero se apoderaban de las piraguas y luego sigilosamente robaban y mataban cuando había resistencia. Eran ágiles y veloces en sus retiradas con sus dalcas de largos remos. Las autoridades políticas y militares de Chiloé no siempre se enteraban de los ataques, porque los veliches o los payos afectados no daban cuenta del hecho. Sólo los misioneros eran informados de tal o cual asalto cuando pasaban a misionar a las islas o cuando el **fiscal** acudía a Castro.

En esta etapa los *chonos* se mostraron crueles y terribles. Sin embargo, el jesuita Jerónimo Pietas los considera menos osados que los indios de otras naciones. "Vienen —dice— en piraguas a las islas pobladas de españoles y hacen algunas hostilidades". Agrega que asaltan sólo las "islas en que saben que hay poca gente... —y—... hacen el daño que pueden y a toda prisa se vuelven"¹⁹. Pero, cuando el padre Pietas observó estas prácticas, a principio del siglo XVIII, aquellos indios estaban ya menos agresivos. Se puede afirmar que el *chono* era el más belicoso y "bronco" de todos los naturales australes. En el siglo XVII se entretenían operando en dos frentes: uno era contra los indios chilotes del extremo meridional del archipiélago, y otro contra sus vecinos huillics, sus fronterizos de más al sur. A estos últimos maloqueaban continuamente "y se sirven de ellos —dice el padre Venegas— y aún los venden o dan en don a otros"²⁰.

¹⁹Zapater, Horacio: ob. cit. p. 91.

²⁰Melchor Venegas, 1614. ob. cit. 112. Véase otros aspectos en John Co-

oper: "Fuegian and chonoan tribal relations". En XIX Congreso Internacional de Americanistas. Washington, 1917. pp. 445-453.



Labores masculinas: Confección de redes con cueros sin curtir

Las operaciones contra los chilotos eran de tarde en tarde, pero pudieron incursionar sin oposición alguna, aprovechando la indefensión en que estaba todo el sector meridional de la provincia y porque las represalias españolas, además de no ser frecuentes, no eran tan efectivas, por los muchos recovecos de sus parajes e islas. Con todo, a pesar de incursionar sólo a las islas más distantes del corazón de Chiloé, causaron sobresaltos en la provincia durante buena parte del siglo XVII. El nombre chono llegó a ser sinónimo de "corsante", porque sus razzias recordaban los ataques corsarios, o "aves de rapiña" porque no dejaban casa o choza sin robar, o "alzados", porque habiendo dado reiteradas muestras de fidelidad al rey ante los capitanes españoles que expedicionaban a sus islas, actuaban como enemigos.

A pesar de la opinión de Pietas, los chonos eran los

mas atrevidos y osados entre todos los gentiles fronterizos. Eran en verdad, los únicos capaces de ingresar en plan bélico en el "limes" chilote. Los juncos de los llanos de Osorno, los poyas y puelches de Nahuelhuapi, mejor dotados desde el punto de vista guerrero, nunca pudieron hacer lo mismo, aunque los juncos llegaron a hostilizar durante un tiempo el fuerte de Calbuco. Unos y otros miraban con odio a los españoles e indios de Chiloé a causa de las periódicas "campeadas" que sufrían en sus tierras y por la esclavitud a que eran sometidos. Por eso, para los indios continentales fronterizos, la presencia de los españoles en Chiloé fue, durante todo el período indiano, una cuña metida en las inmediaciones de sus tierras que ponía en permanente peligro su libertad. De ahí los esfuerzos juncos por expulsarlos y los puelches por rebelarse, como lo hicieron en 1718 acabando con la misión de Nahuelhuapi y

cerrando definitivamente el camino de Vuriloche. A muy distinta razón obedece la osadía chona. La presencia española era un atractivo para ellos en la segunda mitad del siglo XVII, pues representaba una fuente de "riquezas" que despertaba sus apetitos. Allí el botín se podía coger con facilidad y poco riesgo. Chiloé fue su imán y los chonos siguieron el mismo comportamiento que otros pueblos nómades del Viejo Mundo, irresistiblemente atraídos por las culturas sedentarias y materialmente más desarrolladas.

Las expediciones españolas a sus islas y a Guayaneco, incluían, también, castigar a los chonos tomándolos prisioneros y conduciéndolos a Chiloé. La tarea no era sencilla, pero cada expedición lograba regresar con unos cuantos indios que, aunque no prestaban mucha utilidad del punto de vista laboral, interesaba cristianizarlos y desbarbarizarlos. En general eran considerados crueles y torpes, pero, de pronto encontramos chonos que dieron que hablar, como fue el caso de Cristóbal Talquipillán, en 1675. Conocedores del temor que los españoles sentían por los extranjeros, él, su padre y otros indios inventaron la existencia de dos establecimientos ingleses en los parajes australes de Ayauta y Cayanac. El relato lo hicieron con tantos detalles y coherencia que la historia fue creída en Chiloé, Chile y Lima hasta donde fue conducido Talquipillán y el Virrey del Perú se vio obligado a enviar una expedición de reconocimiento y a preparar una fuerza de 12 bajeles de guerra para expulsar a los presuntos ingleses sobre la base de un mapa dibujado por el propio Talquipillán. La inteligencia del chono —se decía— era desusada para un bárbaro. Su invención causó consternación hasta en la propia Corte²¹. Entre otras cosas, el caso demuestra el punto que alcanzaba la comprensión que los chonos tenían del mundo exterior en la segunda mitad del siglo XVII, producto de sus contactos con los de Chiloé.

4.- Período de residencia en Chiloé y evangelización: Siglo XVIII.

I. Los chonos abandonan sus islas y emigran a Chiloé: 1710.

La actitud hostil de los gentiles chonos se prolongó hasta 1710, fecha en que más de un centenar de individuos de esa "nación" se presentó voluntariamente ante el gobernador de Chiloé con el propósito de vivir en paz y entre cristianos. Una decisión como ésta debía haber sido la más trascendental tomada por ese pueblo formado por familias independientes unas de otras y

que nunca o casi nunca se veían obligadas a enfrentar en común asuntos que comprometían a toda la comunidad. Se trata de una emigración masiva a Chiloé que se explica por el efecto desintegrador que había causado en ellos la cultura chilota, tan penetrante en su frontera meridional.

Los gentiles que tomaron la ruta de Chiloé eran 166 de todas edades y sexos y en ocho embarcaciones²² que "voluntariamente y de paz" se presentaron en el fuerte de Calbuco. "Avisáronme de la centinela de Llaicha —dice el capitán del fuerte de Calbuco, Alejandro Garzón— que venían 8 piraguas las cuales eran de indios chonos que con las familias llegaron al fuerte de Calbuco donde los recibí con toda la gente en armas, y se han mostrado muy finos en quedarse haciéndose bautizar el gobernador de ellos llamado Chequepillán, y yo fui el padrino, como también de casamiento. Después de haber llegado vine con ellos a este puerto de Chacao para que los viese el general..."²³.

Por entonces, los 166 individuos deben haber representado cerca del 20% de la población total o al menos buena parte de aquella "nación". Aunque carecemos de cifras, podemos hablar de un trasplante total y de su propia iniciativa para acomodarse al interior de una sociedad mayor, quedando, finalmente, alojados en ella en la condición de minoría étnico cultural. Las razones que movieron a este pueblo a *avecindarse en Chiloé y vivir en paz* eran, según las autoridades de Chacao, los "grandísimos deseos de cristianizarse" y de "matrimoniarse", como lo hizo de inmediato el gobernadorcillo, quien se casó con su concubina, una india natural de Chiloé, "cautiva antes". La llegada pacífica de los gentiles al corazón de la provincia, hasta donde nunca se habían atrevido a entrar, causó mucha sorpresa porque se trataba de "rebeldes chonos" que "en tiempos pasados han hecho muchas hostilidades". La actitud pacífica de los infieles dejó gratamente sorprendidos a los misioneros que lo atribuyeron a un especial favor de Dios, porque de otra manera no se explicaban "que tan feroces indios con tanta lentitud se inclinen a venir" después de "haber tenido los dichos indios chonos continuas guerras con los de Chiloé"²⁴.

El gobernador Marín de Velasco los recibió con agasajos y muestras de complacencia para alentarlos a permanecer y con la esperanza de que hicieran lo mismo los demás que quedaran en sus islas. La noticia fue recibida con sumo agrado en la Corte donde se dispuso se hiciesen todos los esfuerzos para atraer más gentiles, autorizando al gobierno de Chile para concederles tierras, dejarlos libres de todo trabajo, ponerlos bajo el amparo de los misioneros y protegerlos de los agravios²⁵.

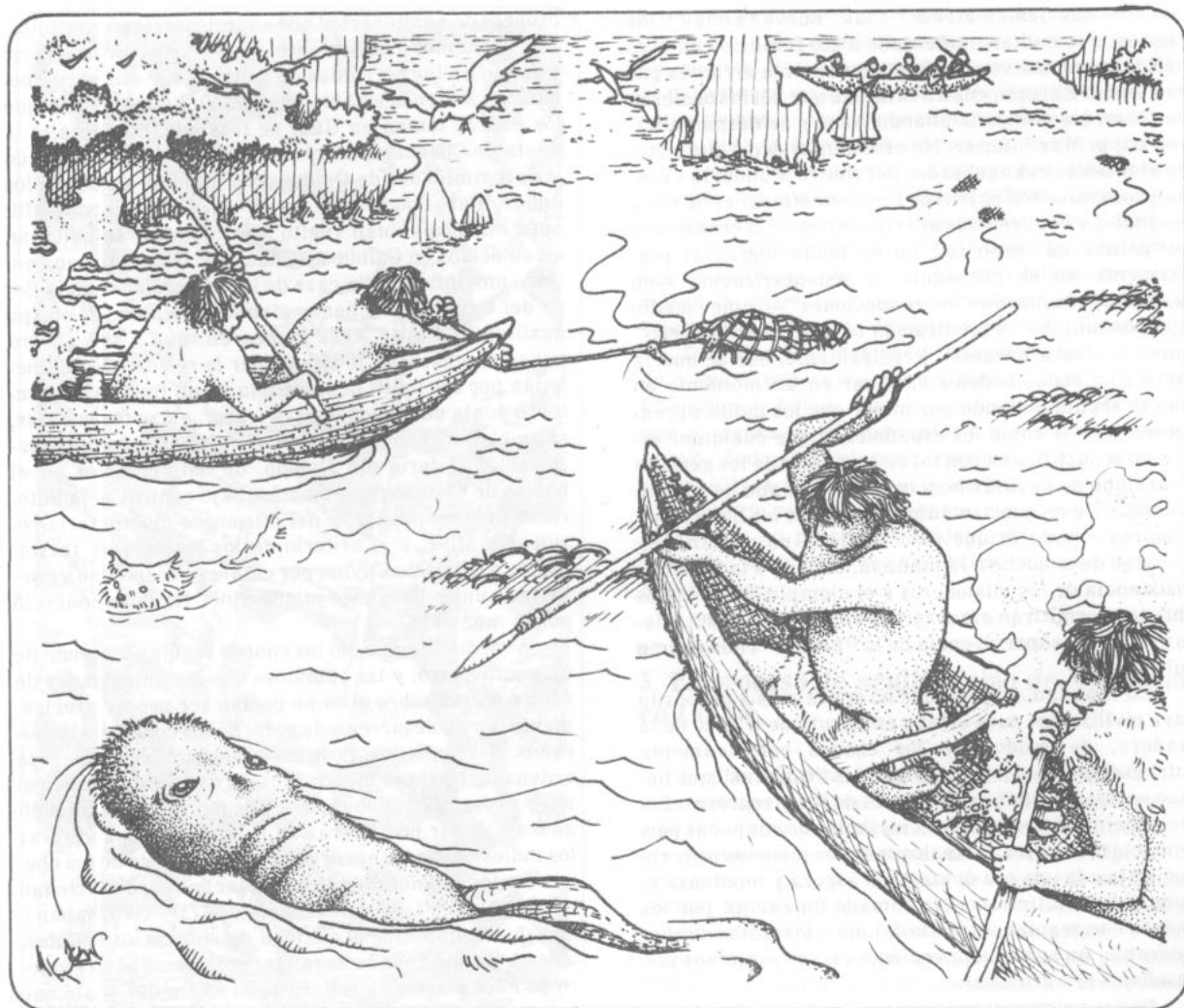
²¹El Virrey del Perú sobre la supuesta población de ingleses en el Estrecho y Chiloé. Lima, 28-abril-1675. AGI. Chile 103.

²³Testimonio del capitán Alejandro Garzón. 1710. AGI. Chile. 159.

²⁴Informe del Capellán José Imhoff sobre las misiones de Chiloé. Concep-

ción, 14 diciembre 1717. AGI. Chile. 153.

²⁵Resumen que hace el fiscal del Consejo de Indias de varias cartas relativas a la llegada de los chonos a Chiloé. Madrid, 1° diciembre 1712. AGI. Chile. 159.



Caza del lobo marino

Marín de Velasco decidió asignarles la isla Guar que era de propiedad del cura capellán de Calbuco, don Juan de Uribe, quien hizo cesión de dicha isla, a la sazón despoblada, para la precisa residencia de los chonos. Se le quiso llamar San Andrés de Guar, posiblemente en homenaje al entonces presidente de Chile don Andrés de Ustáriz, pero finalmente el capitán Garzón prefirió que llevara el nombre del rey Felipe²⁶. Tal como lo esperaban las autoridades políticas y religiosas, casi todo el resto de la población chona de las islas suroñas llegó a Chiloé tras las piraguas de los primeros, tanto que a principios del siglo siguiente no quedaba un solo chono en el archipiélago homónimo ni en las Guaitecas.

La condición jurídica de estos indios fue distinta

que la de los demás naturales de Chiloé. Quedaron libres de encomienda y tributación por su condición de **neófitos**, exenciones que la Corona contemplaba para los gentiles que abrazasen la fe cristiana con el propósito de estimularlos a permanecer entre los fieles²⁷. Desde entonces la isla de Guar se constituyó en misión —“Misión de chonos”— a cargo de dos frailes jesuitas dependientes del Colegio de Castro, cuyo decreto de misión formal se despachó el 20 de marzo de 1717 con el nombre de San Felipe de Guar.

II. De Guar a Caylín: 1717-1800.

Aunque la “misión de Guar” fue formalmente establecida en 1717 y se asignó sinodo para los dos mi-

²⁶El presidente de Chile Andrés de Ustáriz al rey. Santiago, 20 octubre 1710. AGI. Chile, 159.

²⁷Vease Carlos Olgún: “La condición jurídica del indígena de Chiloé en

el Derecho Indiano”. RCHHD. N° 7. Facultad de Derecho. U. de Chile. Santiago. 1978.

sioneros que debían atender a las "nuevas almas", los chonos, que habían aumentado a 200 familias con más de 600 personas, ya andaban nuevamente errantes por esa fecha. Excepto cuatro familias que permanecieron en Guar, los demás la abandonaron y se desparramaron por el Mar Interior. No está demás decir que en todo el proceso evangelizador del Nuevo Mundo, la Corona procuraba dos objetivos fundamentales: civilizar a los indios y convertirlos al cristianismo. La conversión o "policía del espíritu" no se podía lograr si previamente no se conseguía la sedentarización —en pueblos, "resguardos" o "reducciones"—, único medio que posibilitaba la civilización o "policía del cuerpo" como le llama Borges²⁸. Precisamente, eso se quería conseguir reduciéndolos en Guar en un momento en que se seguía teniendo por mejor que los indios aprendiesen a vivir como los españoles, y que cualquier esfuerzo se justificaba con tal de erradicar de los gentiles todo signo de paganismo y barbarie. Lo que los padres no sabían, o no querían admitir, era que los hábitos nómádicos y todo lo que esto conlleva no podían desterrarse de la noche a la mañana, aunque a la postre la insistencia de los misioneros y el ejemplo de los indios chilotos permitirán alcanzar los objetivos, a costa, claro está, de la supervivencia de la "nación" chona como cultura.

En realidad, la isla Guar no era la más a propósito para civilizarlos pues estaba en la ruta de tráfico de la madera, de modo que los chonos continuamente sufrían el latrocinio y agravio de los "tableros" que hacían escala en Guar en sus viajes de ida y regreso a Leteo y Melipulli despojando a los indios de sus pocas pertenencias. Por otra parte, los mismos misioneros reconocían que la isla era demasiado áspera y montuosa y, aunque esto último no era tomado en cuenta por los chonos que seguían viviendo del mar, los frailes lo consideraban un serio inconveniente en sus esfuerzos por enseñales la agricultura.

De las primeras experiencias en Guar, los chonos aprendieron que debían vivir alejados de los españoles y tomaron una actitud contraria a la sociabilidad, aun con los indios chilotos. Con todo, conocieron algunas ventajas que les ofrecía Chiloé, por eso no volvieron a las Guaitecas, pero buscaron acomodarse en otras islas desiertas y apartadas del tráfico. Desde que abandonaron Guar no siguieron formando un grupo compacto y unido, sino que tal como en sus antiguas islas, algunas familias andaban vagando por aquí y otras por allá, desprendidas del grupo mayor, actitud que hay que tomar en cuenta a la hora de estudiar el

proceso de aculturación que experimentaron en Chiloé.

Un número importante se asentó en la isla de Quiapu, en las cercanías de Quinchao, y allí permaneció más o menos estable hasta 1730. La **residencia** que los padres tenían en Guar se trasladó, entonces, a la punta de Chequián, extremo de la isla de Quinchao, en las proximidades de Quiapu, con el fin de atender a los indios. Pero hacia 1741 ya no quedaban chonos allí, pues muchos habían vuelto a Guar, otros se hallaban establecidos en Calbuco y Chaulinec o andaban en continuo movimiento a la caza de lobos y ballenas en la Boca del Canchal de Chacao o en la de Huafo. El obispo auxiliar Pedro de Azúa Iturgoyen, que visitó Castro por esa fecha, sugirió abandonar la residencia de Chequián por ser inútil la presencia de un fraile allí, y celebró Junta de Misiones para tratar, entre otras cosas, el problema chono. Entonces se esgrimían dos alternativas: el criterio del Obispo, de asimentarlos en el puerto de Chacao para tenerlos bajo control de la autoridad político-militar, y del misionero que tomaría residencia allí²⁹, y el criterio de los jesuitas de trasladarlos a la isla de Caylín, por entonces despoblada y solicitada antes para este mismo fin³⁰. Nada se concretó por el momento.

A mediados de siglo los chonos seguían vagando de un punto a otro, y las opiniones que las autoridades de Chiloé tenían sobre ellos no podían ser peores precisamente por su desarreglada vida. Se les consideraba hueraños, desconfiados, hostiles e irreductibles a la vida ordenada. La labor misional había dado muy pocos frutos a causa del vagabundaje. Los padres se veían obligados a andar con la cruz en la mano navegando tras los indios, sin lograr otra cosa que el interés de los chonos por los regalos. "Sediciosos, incapaces de sociedad e inconstantes", dice Beranger en 1773³¹. Rehusaban o no sabían adaptarse al sistema de vida de los chilotos, a pesar de que cuando Beranger escribe un buen número de ellos estaba ya concentrado en Caylín —isla que compartían con otras "naciones" de "neófitos" australes— y en Chaulinec y Apiao³².

Su postrera residencia en las tres islas citadas se consiguió gracias al esfuerzo jesuita y al traslado de los indios caucahues a la de Caylín que comenzó a verificarse en 1743 y establecida como misión —"misión de Caylín"— en 1764. Aunque ambos pueblos eran de distinta lengua, estaban emparentados por sus hábitos y por su idéntica condición de neófitos bajo la administración misionera. La convivencia —no exenta de rencillas— y la mejor disposición de los caucahues —que comprendía también a hullis, tajatafes, etc.,—

²⁸Borges, Pedro: "Los métodos misionales en la cristianización de América". Siglo XVI. Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Dep. de Misionología Española. Madrid, 1960.

²⁹En Chacao residía, sólo en verano, el procurador del Colegio de Castro para atender los negocios de la Compañía y recibir el sínodo. No era, por lo tanto, **residencia**, como se proponía ahora para la atención de los chonos.

³⁰El procurador de la Cia. de Jesús había solicitado "que la misión de los chonos, fundada en la Isla de Guar... se le concediese poderla mudar a la isla de Caylín, haciéndose donación de ella a su religión, como se ha-

bía hecho en dicha de Guar...". Del procurador Ignacio de Arcaya al rey sobre misiones y sínodos. s/f. AGI Chile, 153.

³¹Beranger, Carlos: "Relación geográfica de la isla de Chiloé y su archipiélago. 15 febrero 1773. MM.A. 259, f.21-22.

³²Los misioneros distinguían unas cinco o seis "naciones" de indios que se localizaban a lo largo del laberinto de islas hasta el Estrecho. Sin embargo, eran distinciones más aparentes que reales. Véase una opinión en Francisco Mena Larrain: "Presencia indígena en el litoral de Aysén", en Trapananda, N° 5. Coyhaique, agosto, 1985. pp. 203-213.



Cacería nocturna de cuervos

por aprender a vivir como los chilotos, ayudaron a los chonos a su sedentarización.

Con todo, se trataba de una vida sedentaria sólo estacional. Pero permitió algunos progresos en su civilización, especialmente hacia 1760 que, con algún exceso de entusiasmo, ponderaban los jesuitas. El mantenerlos congregados era, todavía, a costa de un esfuerzo muy grande de los padres, mucho más cuanto que sus visitas a Caylín eran esporádicas a causa de los peligros de la navegación por la "costa de los payos" y los riesgos que representaba la "barra de Chaiguao". Los misioneros de Caylín pusieron su residencia en Achao y mantuvieron relaciones con los chonos a través de los **fiscales**. Las visitas a la misión se redujeron

a un par de veces al año, ocasiones en las que conducían los regalos acostumbrados que tanto apreciaban los neofitos. Pero la expulsión de los jesuitas, en 1767, y el desamparo en que quedó la misión de Caylín, fue causa de que los indios abandonaran la isla y se dispersaran por las Guaitecas sin interés alguno por retornar. Los franciscanos del Colegio San Ildefonso de Chillán, que llegaron a Chiloé en 1769 en reemplazo de los jesuitas, lograron reunirlos nuevamente, y luego en 1771, los franciscanos del Colegio Santa Rosa de Ocopa, que relevaron, a su vez, a los de Chillán, reestablecieron la misión y aun incrementaron el número de miembros, aunque no de chonos, sino de caucahues³³.

De todas las "naciones" que formaban la misión de Caylín, que como hemos dicho, incluía también Chaulinec y Apiao, eran los caucahues o caucaes los que parecían mejor dispuestos a civilizarse y convertirse³⁴. Todos los informes ponderan los progresos y sus positivas actitudes hacia los padres, un contraste muy notorio con algunos chonos que todavía andaban errantes o en proceso de sedentarización en Guar y Calbuco, inmediaciones de Achao y otras islas del archipiélago.

5. El proceso de aculturación de los chonos en Chiloé.

Se puede afirmar que, durante todo el siglo XVIII, los chonos vecindados en Chiloé se mostraron reacios a abandonar sus costumbres nomádicas. No sucedió lo mismo con las demás formas de su cultura. A pesar de los agravios sufridos en Guar se quedaron en Chiloé, porque les resultaba atractivo y ventajoso. Pero su condición de minoría étnico-cultural inserta en el seno de otra mayor y más vigorosa, y el hecho que hacia 1720 ya no constituían un grupo compacto como cuando llegaron, les fue haciendo perder cohesión hasta verse asimilados por la cultura chilota, en un proceso que recién estaba mostrando frutos a fines del siglo XVIII.

Los esfuerzos por sedentarizarlos en la primera mitad del siglo, fueron estériles y los progresos en las cosas de la fe, escasos, mientras estuvieron asignados en Guar, pero comenzaron desde temprano a mostrar algunos indicios de aculturación. Desde luego que la

³³Aunque en Caylín convivían chonos y demás indios australes, eran dos misiones distintas del punto de vista administrativo: la de chonos y la de caucahues, cada una con su sínodo y sus misioneros aunque vivían en Caylín. Otra misión era la de los "payos", cuya sede estaba en la villa de San Carlos de Chonchi, fundada en 1764.

³⁴La distinción de etnias se torna confusa a fines del siglo, pues se habla indistintamente de "chonos o caucahues" como sinónimos, especialmente cuando se hace referencia a los habitantes de Caylín. Más distinguibles eran los chonos de Chaulinec —isla que había sido de los Apiao—. En ocasiones se consideran un solo pueblo a todos los indios australes trasladados, sólo que distinguiendo parcialidades como los de Guaitecas, los de Chauramapu y los de Alana. Informe cronológico de las misiones del reino de Chile, hasta 1789". C. Gay, A.F. y R. de Chile, T.I. Documentos, Paris, 1846. Mena Larrain se refiere también a "chonos o caucahues", ob. cit. p. 210.

ropa de lana que les llevaban los padres misioneros fue la primera ventaja que adoptaron y hasta aprendieron a tejerlas ellos mismos con el tiempo, quizá más por influencias de mujeres chilotas que por el empeño de los padres. Se puede decir que, al poco tiempo, el aspecto exterior de los chonos no era muy distinto del chilote y hasta es posible pensar que sintieron el deseo de mimetizarse con los de Chiloé vistiendo a su manera, para pasar desapercibidos a causa de la curiosidad con que eran mirados por los veliches³⁵. La ropa, sin embargo, jugará, a la postre, un importante papel en los cambios de hábitos.

El proceso de sedentarización fue muchísimo más lento y sólo alcanzará una relativa estabilidad a fines del siglo XVIII. El primer intento en Guar, de acostumarlos al trabajo de la tierra no dio resultados, pero fue el punto de partida de un lento acercamiento a la agricultura. "Ya les va sabiendo mejor las papas, harina y legumbres de Chiloé —decía el padre Imoff en 1717— por cuya razón se van haciendo al trabajo, haciendo sus sementerillas con la esperanza de gozarlas"³⁶. La incorporación del "gualato" debe haber sido una verdadera revolución en la cultura chona y el cultivo de la papa fue actuando lenta, pero sostenidamente en el proceso de sedentarización. Parece que a fines del siglo XVIII habían alcanzado algunos progresos en la agricultura en su nueva residencia de Caylín, porque se sabe que ya tenían sementeras y hasta árboles frutales, según fuentes eclesiásticas, aunque para entonces no podamos distinguir con claridad a chonos de caucahues. El método jesuita, y luego franciscano, ponía especial interés en la enseñanza del cultivo. Pero era un trabajo arduo para un pueblo canoero que se desenvolvía con suma torpeza tierra adentro, sobre todo cuando la agricultura implicaba desmonte, preparación del terreno con el sistema de **majada**, la siembra y la larga espera de los frutos. Desde su establecimiento en Guar mostraron predilección por la harina y la incorporaron a su dieta en la forma de "**ulpada**", pero carecemos de testimonios sobre si fueron capaces de cultivar el trigo cuando estaban casi sedentarizados en Caylín y Chaulinec. Nos inclinamos a pensar que no, pues era difícil, aun para los españoles, a causa del clima.

Lo primero que intentaron los padres en Guar fue enseñarles a construir sus casas de madera a la manera de Chiloé, con separación de piezas. Pero al principio se mostraron indiferentes. El escaso interés se explica porque su espíritu movedizo les impedía valorar todo aquello que implicara vida sedentaria. Por eso, primero tuvo que ser la agricultura y una vez conocida su ventaja mostraron mejor disposición por la residencia fija. Con la enseñanza de los misioneros y la

ayuda de los indios chilotes, aprendieron a utilizar el hacha para talar y preparar las tablas logrando construir sus casas, posiblemente muy toscas, en la década del 60, según referencias franciscanas. Sin embargo, el jesuita Segismundo Guell aporta una noticia interesante en cuanto que reconoce el papel que desempeñó la mujer chilota en el proceso de aculturación. Admite que la sedentarización fue obra de los jesuitas, pero "muchísimo más de una india que los redujo a mejor vida"³⁷. El aprendizaje de formas de vida más civilizada, aunque a la rústica, de los chilotes, se facilitaba con el amor y entrega de los frailes hacia los chonos. Uno de los misioneros se ganó su cariño en tal forma —dice Guell— "que hacía de ellos cuanto quería y los indujo con su industria a una vida más arreglada"³⁸.

La ropa de lana a la usanza chilota, la agricultura y la vivienda de madera eran, sin duda, grandes logros, al mismo tiempo que un progresivo **embarazo** para la pervivencia de sus prácticas acuáticas y nomadismo. Pero debemos admitir que hasta fines de siglo, a pesar de estas adquisiciones culturales, eran apenas medio sedentarios o en vías de serlo. Los chonos persistían, como los demás pueblos australes residentes en Caylín, en practicar la caza de lobos marinos realizando largas excursiones a las proximidades de sus antiguas islas y Boca del Huafo. Las fuentes jesuitas, pero especialmente franciscanas, abundan en detalles sobre esta costumbre y del conocimiento tan arraigado en ellos de la estación o tiempo más a propósito para las "loberías" y del método que usaban para sus "aprovechamientos", lo mismo que la caza de ballena que solían varar en el "Bajío de Chaiguao". Los neófitos de Caylín —chonos y demás indios australes— eran los únicos loberos y balleneros de Chiloé y su industria de pieles, sogas, aceite y barbas de ballena, era del todo ajena a las labores de los demás indios del archipiélago.

Con los productos que sacaban de la faenación de ballenas y lobos aprovecharon las ventajas del trueque, llegando a practicar un comercio de cierta importancia. Abastecían de aceite a la villa de San Carlos para el alumbrado del pueblo y del fuerte a fines del siglo y obtenían a cambio harina y productos diversos de consumo ordinario en la provincia, pero también conocieron por esta vía el tabaco y el aguardiente. El gusto por el comercio los impulsaba a moverse. Por eso a pesar de los progresos alcanzados en muchos aspectos en la década del 60, seguían combinando la vida sedentaria con el nomadismo. El padre Guell decía, en 1769, que "aunque están así reducidos, todo el año no hacen otra cosa que navegar por aquellos mares alimentándose, por lo común, de carne de lobo marino y de ballena"³⁹.

³⁵En algunos testimonios sueltos relativos a encomiendas se puede apreciar las burlas de que eran objeto los chonos a causa de su barbarie e ignorancia en las cosas de la tierra. Véase también a Pedro Cunill: "Chile meridional y criollo: su geografía humana en 1700". En "Cuadernos Geográficos del Sur", N° 1. U. de Concepción. Instituto de Geografía. Concepción, 1971. pp. 21-63.

³⁶Informe del capellán José Imoff sobre las misiones de Chiloé. Concep-

ción, 14 diciembre 1717. AGI. Chile, 153.

³⁷Guell, Segismundo: "Noticia breve y moderna del Archipiélago de Chiloé, de su terreno y costumbres de los indios, escrita por un misionero de aquellas islas en el año 1769-1770". En Walter Hanish. ob.cit. Apéndice documental p. 229.

³⁸Ibidem.

³⁹Ibidem.



Enterramiento en gruta sobre conchal

Las fuentes nada dicen acerca del mestizaje con mujeres chilotas, excepto alusiones aisladas, pero debemos suponer que se dio generosamente, especialmente a fines de siglo. Sabemos que las relaciones con chilotos eran ahora, abiertas, y que la fiesta religiosa de Caylín era concurrida por chilotos de distintos pueblos, como cualquier otra de la provincia. Es también evidente que en la década del 80 había una mayor integración y sociabilidad entre etnias. Por entonces ya mostraban huellas del mestizaje biológico y estaban culturalmente amestizados. No pudo ser de otra manera. Los chonos no solamente se mezclaron con las demás "naciones" neófitas de Caylín, sino con los chilotos en todo el ámbito del archipiélago. Sus progresos en la civilización, la falta de prejuicios de las hembras chilotas y la escasez de mujeres chonas, fueron determinantes en la miscegenación. A mediados de siglo, la desproporción de sexos en los chonos era muy notoria. Entonces se atribuía a los hábitos de buceo de la población femenina de todas edades. El cabildo de Castro

decía, en 1743, que esa era la razón "que por hoy tiene acabada a la nación de los chonos, los que siendo ya muy pocos, no hallan mujeres con quienes casarse"⁴⁰. Pero, la opinión del cabildo se puede entender de dos maneras: una, que los chonos efectivamente estaban en extinción por faltarles las mujeres de su nación y, otra, que se estaban acabando porque trasuntaban en mestizos, a causa de la mezcla con indias chilotas y caucahues por falta de mujeres chonas. Creemos que esta última es la interpretación correcta. Y aunque es sólo una hipótesis, está fundada en el sentido común, en el comportamiento general de otros pueblos sin mujeres, como la necesidad biológica que experimentaron los españoles durante la conquista, fuente de amancebamientos, y en la falta de prejuicios en las hembras chilotas. Podemos concluir, también, que el paulatino reemplazo de la mujer chona por la india veliche o payo fue desterrando, poco a poco, las prácticas de buceo, haciendo cada vez más esporádica la dieta de carne de lobo y acomodando la vida familiar al estilo de vida de la provincia. La mujer siempre ha sido el principal vehículo de transmisión cultural, de modo que no es difícil imaginar el tránsito de pueblo chono a pueblo chilote por obra de las mujeres en cuyas manos estaba la enseñanza de los hijos, y hasta el paulatino reemplazo de las **loberías** por la pesca de **corrales**, como método recolector asociado a la sedentarización.

Por la misma razón la lengua chona fue cayendo en desuso. En realidad, el fuerte poder de absorción de la cultura chilota no pudo ser resistido mucho tiempo por las lenguas gentiles. Las relaciones en el interior de la misión de Caylín durante la administración franciscana, por ejemplo, obligaba a aprender el castellano como único medio de entender el mensaje divino y el "veliche" como la única posibilidad de subsistencia en Chiloé. En el aprendizaje del castellano se mostraban interesados especialmente los caucahues y exhibían notables progresos, según opinión del jesuita Nepomuceno Walter en la década del 60. Sabemos también que el bilingüismo en una minoría étnica termina aniquilando la lengua propia y, con ello, el olvido de muchas expresiones de su cultura⁴¹.

Pero, la adopción del cristianismo fue, quizá, el préstamo cultural más decisivo a la postre. Los informes jesuitas de los años sesenta y franciscanos de fines de siglo, dan cuenta de los adelantos en las cosas de la fe y de la veneración que sentían por la Virgen, que chonos y demás neófitos de Caylín llamaban "Madre". Se incorporaban así al sistema religioso general de Chiloé. La adopción del cristianismo comenzaba a significar un cambio en la concepción de mundo, aunque por entonces sólo era una exterioridad que envolvía una gentilidad todavía esencial que, sospechamos, perdura de algún modo, hasta nuestros días. Pero la cristianización es un proceso lento que tarda siglos y, en su

⁴⁰Del cabildo de Castro al gobernador de Chiloé Martínez de Tineo. Castro, 2 agosto 1743. AGI. Chile, 102.

⁴¹Vease Benigno Ferrario: "El idioma de los chonos y de los caucaes en el sur de Chile". En Revista de la Sociedad Argentina de Ciencias Naturales. Buenos Aires, XVI. 1939. pp. 379-398.

andar, va imperceptiblemente mellando y royendo la existencia pagana poniendo en su lugar el suave yugo de la fe, y desplazando la gentilidad a un lugar adjetivo, aunque presente. En la misión, los padres sabían lo que hacían. Los ordenaron de acuerdo a la organización social de los pueblos chilotos, es decir, con **fiscales** y **sota-fiscales**, **patrones** y **sota-patrones** etc., nombrados por los misioneros, así como **alcaldes**, **gobernadorcillos**, **sargento-mayorcillos** y procuradores, correspondientes a la organización política de los pueblos de la provincia. En fin, el mestizaje biológico y cultural que operó a lo largo del siglo estaba desdibujando al pueblo chono a fines de la centuria, hasta terminar absorbido por el poder del ambiente hispano-veliche en el siglo siguiente. Ya en 1795 "sólo 25 familias mantenían su identidad étnica en Chaulinec", según Mena Larraín. El citado investigador subraya además, que con los payos "se asimilaron con rapidez y fuerza", porque con ellos "compartían un profundo parentesco étnico de antes de la influencia mapuche"⁴².

Idéntica absorción experimentaron los "reyunos" de Calbuco de cultura huilliche continental que se establecieron allí y en Abtao en 1604 y las demás naciones australes trasladadas a Chiloé como los referidos huillits, caucahues, leychelles, calenches y tajatafes.

⁴²Mena Larraín, Francisco: ob.cit. p. 212.

CONCLUSIONES

El chono y lo chono que una vez fuera un pueblo y una cultura se extinguió tempranamente, como consecuencia de la intensa transculturación a que se vio expuesto desde que transmigraron a Chiloé a principios del siglo XVIII. Hoy constituye una dificultad distinguirlo, no tanto del punto de vista somático pues sus representantes, aunque muy amestizados, todavía habitan confundidos con la población chilota, sino desde el punto de vista cultural. De su lengua no quedaron más testimonios que la toponimia de los lugares geográficos que hoy señalan en el mapa el ámbito que otrora fuera su espacio vital. De sus usos y costumbres, al parecer, no queda nada, aunque debemos admitir que esto último está reclamando un estudio antropológico para ver cuánto de ello puede estar todavía vivo en la cultura chilota como préstamo cultural dejado en veliches y payos tras su presencia en Chiloé. Sus creencias, mitos y supersticiones tampoco se han conservado.

Pero, ¿es posible que de su vida espiritual haya desaparecido todo rastro, a tal punto que nada hayan heredado sus descendientes mestizos? Para averiguarlo habría que saber cuál era su visión de mundo original, tarea difícil, pero no imposible de abordar a pesar de la carencia casi absoluta de testimonios que pudieran servir de punto de partida.

Es triste ver en la Cordillera de Nahuelbuta, en los bosques sureños y australes, araucarias, coihues, cipreses, mañíos, lengas y alerces en laderas semidesnudas, con troncos secos elevándose al cielo como espectros sombríos, mudo testigo de la inconsciencia humana.

(Rodríguez—Matthei y Quezada; *Flora Arbórea de Chile*)

La introducción del pino (*Pinus radiata*) ha sido muy perjudicial para la existencia del bosque nativo; su plantación en forma masiva cubre extensas superficies, especialmente entre los ríos Maule y Malleco.